

Sus padres ya habían llegado. Ellos nunca pensaron que su hija pequeña podría fallarles de aquel modo. Su madre lloraba con desesperación, mientras su padre daba vueltas impacientemente por la sala de espera, aquella sala fría, llena de angustias, de horrores.

Al cabo de dos horas, un doctor se acercó apresuradamente y con cara angustiada comenzó a hablar. Esa voz retumbó en los oídos de sus padres y se les clavó en el corazón como el cuchillo más poderoso, dándoles una gran punzada, tan fuerte, que llegaron a pensar que su vida no saldría de aquella angustiada sala de espera. Mientras tanto, de la habitación 206, dos enfermeras sacaron rápidamente una camilla con un cuerpo inerte.

Diana Ortega Jiménez